

n.º 2

2003

Pasado Memoria

Revista de Historia Contemporánea

La II República Española



Dirección: Glicerio Sánchez Recio

Secretaría: Francisco Sevillano Calero

Consejo de redacción: Salvador Forner Muñoz, Rosa Ana Gutiérrez Lloret, Emilio La Parra López, Roque Moreno Fonseret, Mónica Moreno Seco, José Miguel Santacreu Soler y Rafael Zurita Aldeguer, *Universidad de Alicante*.

Consejo asesor:

Julio Aróstegui Sánchez
(*Universidad Complutense*)
Gérard Chastagnaret
(*Universidad de Provenza*)
José Luis de la Granja
(*Universidad del País Vasco*)
Gérard Dufour
(*Universidad de Aix-en-Provence*)
Eduardo González Calleja
(*CSIC*)
Jesús Millán
(*Universidad de Valencia*)
Conxita Mir Curcó
(*Universidad de Lleida*)
M^a Encarna Nicolás Marín
(*Universidad de Murcia*)
Marco Palla
(*Universidad de Florencia*)

Juan Sisinio Pérez-Garzón
(*Universidad de Castilla-La Mancha*)
Manuel Pérez Ledesma
(*Universidad Autónoma de Madrid*)
Manuel Redero San Román
(*Universidad de Salamanca*)
Maurizio Ridolfi
(*Universidad de Viterbo*)
Fernando Rosas
(*Universidad Nueva de Lisboa*)
Ismael Saz Campos
(*Universidad de Valencia*)
Manuel Suárez Cortina
(*Universidad de Cantabria*)
Ramón Villares
(*Universidad de Santiago de Compostela*)
Pere Ysàs
(*Universidad Autónoma de Barcelona*)

Coordinación del monográfico: Glicerio Sánchez Recio

Diseño de la portada: Gabinete de Imagen y Comunicación Gráfica de la Universidad de Alicante

Traducción inglesa de los resúmenes por el profesor Clive Alexander Bellis, Universidad de Alicante

Edita: Departamento de Humanidades Contemporáneas
Área de Historia Contemporánea
Universidad de Alicante
Apartado Postal 99
E-03080 Alicante

Suscripción: Marcial Pons Librero
Departamento de Suscripciones
C/ San Sotero, 6
28037 Madrid
revistas@marcialpons.es

Preimpresión e impresión: Espagrafic

Dépósito legal: A-293-2002
ISSN: 1579-3311

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado -electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.-, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

**Estos créditos pertenecen a la edición
impresa de la obra.**

Edición electrónica:



PASADO Y MEMORIA
Revista de Historia Contemporánea, nº 2

Reseñas de libros

GÓMEZ-FLORES, Andrés, *La ciudad inventada. Albacete en la guerra civil*, Albacete, Los Libros del Sur, 2002, 317 págs. Sobrecubierta. Con ilustraciones (color, y blanco y negro).

Algunas ciudades españolas parecen dormitar sobre el mapa hasta que de repente cierta coyuntura histórica las singulariza y les hace conocer su momento, largo o corto, de esplendor. Valencia en el siglo XV, Valladolid en el XVI, Cádiz cuando las Cortes o la Cartagena del cantón, serían algunos ejemplos. Albacete tuvo también ese momento singular que coincidió con los años de la guerra civil y que, por lo inesperado, iba a convertirla en lo que el autor del libro intuye con acierto e incluye en el título: una ciudad inventada. En sus palabras: «Albacete era una ciudad que en esos días estaba siendo inventada; inventada por la guerra; inventada por los voluntarios internacionales de la libertad; inventada por los poetas. Su limitado y provinciano encanto cambió de la noche a la mañana. Y pasó a ser una ciudad completamente nueva y distinta...» (p. 99).

A ello contribuyeron principalmente dos acontecimientos. En primer lugar, que Albacete fue la primera capital de provincias en que, tras el éxito inicial de los sublevados en julio de 1936, se acabó imponiendo la legalidad republicana por la actua-

Reseñas de libros

ción de las columnas leales que acudieron de Alicante, Murcia y desde los pueblos de la provincia manchega. Albacete se convertía en una demostración práctica de que era posible derrotar a los sublevados, lo que había de marcar el carácter de la ciudad como indiscutible baluarte de republicanismo y antifascismo a lo largo de toda la guerra. En segundo lugar, la elección de la ciudad para albergar el cuartel general de las Brigadas Internacionales, hecho que se basaba en contundentes consideraciones geoestratégicas (relativa proximidad a los puertos de Valencia, Alicante y Cartagena, así como a Madrid y al frente de Andalucía) pero que iba a llenar la ciudad con la presencia abigarrada de miles de combatientes provenientes de todas partes del mundo para hacer de Albacete la «Babel de La Mancha», en expresión acuñada por el doctor Otoniel Ramírez de Lucas en «El defensor de Albacete» del 10 de noviembre de 1937, tal como nos ilustra Andrés Gómez-Flores.

Todas las instalaciones de la ciudad, que no eran muchas, fueron puestas a disposición de las necesidades bélicas. Los hoteles albergaron a los mandos militares de las Brigadas y la plaza de toros se convirtió en centro de instrucción para soldados. En Albacete se ubicaron algunos de los mayores hospitales militares de la retaguardia y la proximidad de la

Reseñas de libros

base aérea de Los Llanos iba a hacer también de la ciudad uno de los centros neurálgicos de la «Gloriosa», la aviación republicana. Los pueblos de los alrededores –Mahora, Madrigueras, Casas Ibáñez, Tarazona, etc.– albergaron diferentes centros de instrucción de brigadistas. La puesta en marcha de un ejército de características tan peculiares, como era el hecho de que en sus unidades se hablasen lenguas tan diversas, era algo nunca visto anteriormente que exigió un esfuerzo organizativo titánico. Éste pasó por la presencia en la ciudad de miles de soldados, médicos y enfermeras, traductores e intérpretes, periodistas, visitantes ligados a la vida política, sindical y cultural de la época.

Todo ello contribuyó a que durante un año y medio, Albacete, a quien Malraux veía como «la pequeña ciudad rosada y cremosa», se convirtiese en un hervidero de actividad y en centro y punto de referencia de la actualidad informativa en todo el mundo. El autor, que conoce irreprochablemente la bibliografía, ha sabido reunir una extensa colección de recuerdos de quienes vivieron o pasaron entonces por la capital manchega, de modo que entre todos ellos queda reconstruido el mosaico de lo que fueron aquellos días. Estos personajes fueron tan abundantes como significativos. No sólo los hombres «de acero», aquellos Marty, Longo, Merriman,

Reseñas de libros

Alexei Eisner, etc., que contribuyeron a crear una época y una época únicas, la de las Brigadas Internacionales. No sólo los hombres de aviación, los Hidalgo de Cisneros, Malraux, el general Douglas, o el teniente Arquímedes Gómez Palazón, sino también periodistas como Mijail Koltsov, Ilya Ehreburg o Louis Fischer, secretarias y traductoras como Lise London, Constanza de la Mora o Adela Abramson Kondratieva, médicos como el psicoanalista alemán doctor Max Hodann, poetas como Manuel Altolaguirre y Stephen Spender, actores como Errol Flynn, escritores como Antoine de Saint-Exupéry, Dorothy Parker, Lillian Hellman, Arturo Barea, Ernest Hemingway y tantos otros.

Sus historias bélicas se mezclan con sus historias personales para entretejer un momento único en un lugar que seguramente nunca esperó ser escenario de una epopeya internacionalista de tamaño magnitud. Pero Albacete nunca hubiera podido convertirse en esa utopía viviente sin la participación sincera y entusiasta de sus habitantes. «En la bulliciosa ciudad de Albacete la sintonía entre el pueblo y los brigadistas era total» dice Gómez-Flores, quien dirige su atención hacia la gente y su vida cotidiana, con los problemas que se derivaron tanto de la insurrección fascista y de su neutralización, como los que aparecieron con la guerra. La escasez, los

Reseñas de libros

bombardeos, los sucesos singulares como la «saca» del 22 de septiembre, la construcción de refugios antiaéreos, el frío hoy día inimaginable del corto invierno manchego, contra el que se luchaba en las casas con braseros bajo mesas camillas cuyas faldas se hacían llegar hasta los hombros.

También se pasa revista al fervor de los mítines y desfiles, los conciertos de la banda municipal, la vida cultural y cinematográfica, adecuada a la temática del momento, los espectáculos de variedades, la canción. No sólo el cante de Miguel de Molina, sino todo tipo de canciones, de aire marcial o festivo, que se cantaban en aquellas tabernas en las que las que franceses e ingleses bebían a hinchapellejo. Coronaba aquella actividad el movimiento del Gran Hotel, en la plaza del Altozano, cuajado de desorden, de colchones en los pasillos, de conversaciones cruzadas en lenguas irreconocibles.

Los últimos capítulos del libro se dedican a los bombardeos sufridos por la ciudad y a los episodios del final de la guerra, donde la base de Los Llanos sirvió de escenario a la reunión previa al golpe de estado de Casado, que iba a cercenar las posibilidades de resistencia de la República. También se dedica un apartado a la represión que sufrieron los albacetenses tras la entrada de los vencedores franquistas. Mal enemigo para asumir el espíritu de Lincoln «en la victoria,

Reseñas de libros

generosidad». Cuantitativa y cualitativamente la venganza fue terrible.

El libro se completa con un álbum gráfico bastante extenso de fotos de época, algunas poco conocidas, y cada uno de los capítulos está encabezado con la reproducción de un cartel a todo color relacionado con el tema. La edición, como puede colegirse de estos datos, es muy cuidada. Se echa a faltar, dada la cantidad de onomásticos que aparecen en el libro, un índice alfabético que permitiese un acceso rápido a los numerosísimos testimonios que tan bien ha espigado Gómez-Flores, entre los que destacamos los de algunas personas que eran entonces adultos y aún viven para contarnos su experiencia, como Lise London, Juan Miguel de Mora y Harry Fisher, presentes en Albacete en el II Foro Internacional de Octubre de 2001, y algunos de los que entonces eran niños, como Eduardo Haro Tecglen y Alberto Iniesta, que entonces tenía trece años y llegaría más tarde a ser obispo.

En resumen, un libro que se abre camino por mérito propio en el estante preferente de cualquier biblioteca que se precie sobre la guerra civil española y cuyo interés trasciende el meramente local, aunque el libro hable de Albacete. Porque en tiempos de la guerra civil el nombre de esta ciudad significó mucho más que su entidad geográfica. Gómez-Flores reco-

Reseñas de libros

ge el testimonio de Fred Thomas, voluntario británico, quien decía que ningún brigadista podía escuchar este nombre sin sentir de nuevo el orgullo de entonces.

Juan María Gómez Ortiz